

El pitido de la explosión aún retumbaba en mis oídos. Parpadeé, pero el polvo y el miedo me nublaban la vista. Mire por la ventana, el viejo reloj de la plaza había quedado detenido en las 16:27. El instante exacto en que mi vida se partió en dos.

Esa mañana salí de casa sin imaginar que sería la última vez que vería a mi padre. Me prometió que cuando terminara su jornada en el cuartel de la Guardia Civil, me llevaría a ver el partido de baloncesto del Barça. "Hoy lo celebramos, campeón", me dijo con su sonrisa cansada. Nunca llegó al partido. Nunca volvió a casa.

El estruendo sacudió la ciudad, pero lo que más me dolió fue el silencio que vino después. Un silencio denso pero con ruido, que se extendía en cada rincón de mi alma. Me dijeron que mi padre fue una muerte más, una cifra en las noticias, un nombre en una lista de condolencias. Pero él no era solo eso. Era quien me enseñó a jugar al baloncesto, quien me ayudaba con los deberes, quien me abrazaba cuando me sentía inseguro. Era mi ídolo.

Pasaron los años, pero la herida nunca se cerró del todo. Durante un tiempo sentí ira, impotencia, ganas de gritarle al mundo lo injusto que era todo. Sin embargo, con el tiempo comprendí que la mejor manera de honrar su memoria era seguir adelante. Mi madre siempre me decía: "Hazlo por él, pero también por ti". Y así lo hice.

Hoy, cada vez que paso por la plaza, miro ese reloj detenido y recuerdo lo que perdí. Pero también pienso en lo que aún tengo: el legado de mi padre, su valentía, sus ganas de hacer las cosas bien. No sé qué me depara el futuro, pero sé que su historia sigue viva dentro de mí. Y mientras yo la recuerde, él nunca se irá del todo.